



BEBÉ DANIELS

25
CTS



La
Colegiala
Activa



BADGER. Clarence

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas
de la marca

Núm.

PARAMOUNT

25

1

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

LAYETANA, 12

BARCELONA

* The "Compus Flirt", 1925

LA COLEGIALA ALTIVA

Comedia americana, interpretada
por la bellísima estrella

BÉRÉ DANIELS, *James Hall*

El Berdel

Es una Producción PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

Paramount Films, S. A.

* La Petite Champvine (en Dictionnaire
Cinéma
Universel)

J. HORTA, IMPRESOR

CORTES, 719 - BARCELONA

Revisión *Cinéma* 124
"Consuevicio"

(Ver: BADGER)

La colegiala altiva

Argumento de la persona

Los esposos Mansfield discutían una mañana sobre el porvenir de su hija Patricia, que había regresado de Europa después de educarse durante seis meses en un colegio de refinamiento y aristocracia.

Gente rica, millonaria, la familia Mansfield era una de las más fuertes del país. Pero mientras el marido deseaba formar a su hija con un carácter típicamente americano, la madre soñaba en las bellezas suaves de Europa y en las hermanas mujeres de sangre azul. Quería ella hacer de Patricia una flor delicada de distinción.

—Mira lo que mis ideas han hecho por nuestra hija — decía la señora mostrando un periódico. Escucha:

Joven de la localidad que triunfa.

Patricia Mansfield, de vuelta de su viaje por Europa, impone los últimos caprichos de la moda. Ofrece un te que es un verdadero acontecimiento social.

El padre no se convenció. Quería que Patricia completase su educación en un colegio americano donde se cultivara eficazmente el deporte.

—Supongo que no insistirás en mandarla al Colegio... — siguió diciendo la danza.

—Irás. Te permito que la mandases a Europa a educarse... y ya estás viendo el resultado. Patricia es orgullosa, altiva, insupportable... Yo pienso hacer de ella otra cosa. Deseo que pueda emular a esa joven americana que, según los diarios de hoy, ha triunfado en su intento de cruzar el Canal de la Mancha.

—¿Dónde has dejado tu dignidad? — repuso la esposa, ofendida. — ¿Mi hija convertida en deportista vulgar? ¿Acaso olvidas que Patricia lleva sangre azul en las venas por parte de su madre?

—Y de parte de su padre, mi hija lleva en las venas la sangre roja de la democracia — respondió él, sulfurado. — Y mañana Patricia irá al Colegio como todas las muchachas americanas... Sin duda de compañía, sin auto, sin tonterías...

—¡Válgame Dios!

Y la señora dejó a su marido para lamentar a solas su disconformidad.

Patricia Mansfield conocía el precio de todo, pero ignoraba el valor de todo... Altiva y bella creía pertenecer a una estirpe superior.

Aquel día al bajar la escalinata para salir a paseo, le salió al paso el ayuda de cámara y le dijo:

—Señorita, el auto está dispuesto.

—Rankin — respondió ella severamente —, recuerda que en lo futuro quiero que me dé el tratamiento de "Mademoiselle" o de lo contrario me verá obligado a sustituirle.

—Sí, Mademoiselle — dijo el sirviente.

Y Patricia siguió su camino, con el orgullo que

había adquirido desde que se educara en un internado de Francia.

Sus madre fué a su encuentro:

—¡Pobrecita hija mía! — le dijo acariciándola — ¡Tu papá se empeña en mandarte al colegio sin ninguna de tus doncellas!

—Esto es inconcebible — protestó Patricia—. ¿Cómo me las arreglaré yo ¡la doncella? ¡No le basta meterme en un colegio americano que quiere humillarme más?

—Esto es precisamente lo que yo le dije, pero parece ser que los años que lleva de traficar con petróleo bruto, le han hecho perder toda noción de refinamiento.

—Yo quisiera que papá no se mezclara en los asuntos de mi educación.

—Diga lo que quiera su papá, no olvides nunca la ascendencia aristocrática que hereda de tu madre...

Y señalando un retrato antiguo, agregó:

—Contempla los nobles rasgos de tu ilustre antepasada que se casó con un fabricante de armaduras, proveedor exclusivo del Gran Ricardo Carazón de León.

Patricia estuvo mirando a aquella ilustre ascendiente de la familia y se propuso no desmerecer en méritos. Iria al colegio porque la obligaba su padre pero mantendría en él la pureza de su fuente aristocrática.

Dos días después, Patricia se encontraba en un tren camino del internado. El viaje le resultaba monótono. A mediodía se dirigió al vagón restaurante. Pero las mesas estaban llenas de viajeros y tuvo que aguardar a la puerta.

De pie junto a ella, esperaba un joven, Dennis Adams, estudiante y entrenador del equipo de fútbol

del Colton, sano, rico, y lo suficientemente inteligente para ser demócrata.

Miró con simpática curiosidad a la linda viajera. Quiso intentar una sonrisa pero ella contempló altivamente al mozo.

Cuando una de las mesas quedó vacía, Patricia se dirigió a ella y también Dennis ocupó en la misma otro sitio vacante. Se saludaron ligeramente sin que ella se dignase trazar conversación con un desconocido.

Patricia se caló un morondo y luego de consultar la minuta dijo a un camarero negro:

—Demi orange, pâté de foie gras, fromage de Brie, et café en demi-tasse.

Dennis rio por lo bajo. ¿Sería francesa? El camarero miró aturrido a Patricia sin responder.

Ella repitió los nombres, indignada.

—¿Está usted sordo?

El negro fué a advertir al encargado del restaurante.

—Aquí no servimos la comida más que en nuestra lengua — le respondió el jefe —. Sírvete una porción de picadillo con arroz.

Y la orgullosa joven tuvo que resignarse a los platos nacionales que comió también sabrosamente Dennis Adams.

Patricia protestaba interiormente contra estos platos americanos... Les faltaba aquel "cachet", aquella distinción innata de las tierras europeas.

Ya muy adelantada la comida, después de haber intentado hacer reír a Patricia con varios hábiles movimientos de sus manos, Adams se atrevió a indagar:

—¿Va usted a Colton por casualidad?

Esta vez Patricia clavó los ojos en el mozo y no pareciéndole ordinario, respondió:

—Sí, voy a Colton... Me han educado en Europa pero mi padre se empeña en que complete mi educación en un colegio americano.

Los ojos de Denis brillaron de entusiasmo.

—Yo también voy a Colton... Este es mi último año de colegio...

Patricia se alegró de encontrar un compañero.

—Un colegio público debe ser un fastidio — añadió —, pero en cuanto llegue pienso ingresar en el club más distinguido, el Kappa Bettas, al cual sólo pertenecen las colegialas de mayor distinción...

El joven pareció comprender a esa muchacha vanidosa que volvía a calarse el mentón con desdén. ¡Vamós! ¡Era una enferma de Europa!

—Usted habrá estudiado en Europa como dice, pero me parece que donde recibirá usted "la verdadera perfección" será en Colton.

—¿Quién sabe! — respondió ella sin deseo de discutir.

Poco después el tren se detenía en la estación de Colton y en el andén esperaban varios grupos de estudiantes ávidos de saludar a los que llegaban.

El primero en descender fue Carlos Paddock, el corredor más rápido del mundo, tan rápido que se perdía de vista.

—¡Viva Carlos! — gritó aquella turba estudiantil...

Y llevando en hombros a ese compañero simpático, le condujeron a un autobús repleto hasta los topes de estudiantes.

Cuando vieron aparecer a Denis que iba con Patricia, le cogieron también en hombros, separándolo de su compañera y llevándolo rápidamente al carruaje.

La aglomeración había causado serios desperfectos

en el vestido de Patricia. ¡Mal educados! ¡Y con aquella gente ordinaria ella debería convivir!

Ella pasó de largo ante el auto lleno de estudiantes y Denis la llamó:

—Señorita Mansfield, puesto que ya usted al colegio, ¿quiere un puesto en el autobús?

Ella respondió despectiva mirando a la alegre juventud:

—¡Vájanse yo entre ese montón? ¡Qué horror! ¡De ninguna manera!

La palabrita molestó a los estudiantes. Y uno de ellos, un chico gordo que se las trala inclinándose humildemente, respondió:

—Los del montón saludan humildemente a la princesa altiva...

Muy graves todos los estudiantes se descubrieron ante Patricia. Y ésta, alta y orgullosa, subió a un taxi y se hizo conducir directamente al internado. ¡Rabíaba. ¡Qué gentes aquellas!

Se mantendría en un plano de separación...



En el Colegio Colton un magnífico edificio donde convergen el material en bruto que se les entregaba, en hombres y mujeres refinados.

Algunas de las colegialas formaban el Club Kappa Bettas y pertenecían a él las muchachas más aplicadas en el estudio y las campeonas de los deportes.

Patricia llegaba poco después al colegio y entraba en el despacho de una directora:

—Soy la señorita Mansfield — anunció orgullosamente —, de los Mansfield de Gran Rapids... Ya usted sabe... ¿Reservó usted la habitación que le encargó mi padre?

—Si, está arriba — respondió la directora anudándose de las instrucciones recibidas del propio señor Mansfield—. Seta conmigo.

Y la acompañó a una estancia de uno de los pisos altos. A Patricia le desagradó su aspecto.



...se hizo conducir directamente al internado.

—No me gusta esta habitación — dijo —. Haga el favor de enseñarme otra que tenga mejor vista.

Lo siento mucho, señorita, pero ésta es precisamente la habitación que se papá mandó reservarle según su punto de vista.

Está bien... — respondió, indignada, la muchacha.

¿Cómo la humillaban!

Una muchacha que había rondado hasta entonces por el cuarto se acercó llamada por la directora.

—Enriqueta, esta es la señorita Mansfield... su nueva compañera de habitación...

Y dejando sola a las dos condiscípulas, la directora salió del cuarto. Enriqueta saludó muy atentamente a la nueva amiga.

—Verá usted cómo le gusta el colegio... ¡Estamos tan unidas!

Ella sonrió despectiva... ¿Gustarle aquello!... Y pensaba en el internado europeo, con compañeras de sangre rotamente azul.

—¿Dónde está mi cuarto de dormir? — preguntó de pronto, no viendo en parte alguna la cama.

—Mírela...

E hizo girar una puerta en cuya parte posterior había una cama levantada que por medio de un resorte adquiría la posición natural.

¿Cómo es posible que una persona pueda dormir así? — gritó.

Muy sencillamente...

Y Enriqueta le enseñó a usar de aquel lecho mecánico.

Poco después entraba en la habitación, cargado con el equipaje de Patricia, Canuto, el portero, un sujeto que lo mismo servía para un fregado que para un barrido. Llevaba siempre encima un ratoncillo amaestrado llamado Minnie.

Al verle allí Patricia dándole un billete, le dijo:

—Joven, quiero que me lleve los libros a clase todas las mañanas...

—Sí... sí... señorita...

No estaba acostumbrada la distinguida muchacha a molestarle llevando unos paquetes. Y Canuto le servía de criado.

El portero salió... De pronto, Patricia dió un terrible grito de espanto. El ratoncillo estaba sobre

una maleta... Ella rápidamente escondióse tras una puerta.

Canuto sentió a coger a su animalillo y se lo llevó de allí, acariciándole con amor... ¡Era su mejor amigo, su compañero fiel!

Ya sosegada, Patricia se acomodó con Enriqueta a la ventana... Vieron pasar a un joven, el mismo con quien Patricia había hablado en el tren. Ella indagó:

—Sí, aquel es Denis Adams... —le dijo Enriqueta.

—Tiene el tipo distinguido de un europeo — respondió ella, con interés.

Y pensó en que era un muchacho verdaderamente simpático.

Aquel día lo pasó Patricia arreglando sus cosas hasta la hora de la cena.

El comedor es donde, según dicen, se conoce a las personas educadas. Los estudiantes se habían reunido alrededor de la mesa con su acostumbrada algazara.

Todos los días, uno de los muchachos ayudaba a servir a la mesa. Aquella vez la suerte designó a Denis Adams, quien marchó a la cocina a ponerse la americana blanca de camarero y a realizar con todo contento su misión.

Patricia por primera vez llegaba al comedor. Cuando ella entró, todos los estudiantes se levantaron e hicieron una reverencia profunda. Uno de ellos, dijo:

—¿Se dignará humillarse Vuestra Alteza escuchando el ruido que hacen comiendo estos vulgares?

Ella no contestó yendo a ocupar un puesto junto a Enriqueta. ¡Ah, cómo le molestaba este ambiente!... Y los estudiantes dispuestos a burlarse de aquella orgullosa se complacían con sus bromitas.

Uno de los chicos gritó a otro:

—Dame un panecillo...

El compañero se lo tiró con tal furia que casi rozó la cabeza de Patricia.

Y como si esto fuera una señal, comenzaron a pasarse los platos de un puesto a otro molestando constantemente a Patricia, sin dejarla comer en paz. Ella estaba indignada. ¿Cuándo acabarían la bromita?

—No sean ustedes ordinarios — protestó—. ¡No pasen así las cosas!...

Pero continuaron en broma hasta fatigarse.

Indignada, murmuró Patricia al oído de su compañera de habitación:

—Afortunadamente no pienso permanecer aquí mucho tiempo... Voy ahora mismo a solicitar mi ingreso en el Club de los Kappa Bettas... Las alumnas del mismo tienen un restaurante aparte y es indudable que allí hay mejor ambiente.

—Tómesele con calma — le respondió Enriqueta—. Todavía faltan tres semanas para la noche de selección.

—¿Qué noche es esa?

—Es la noche en que la Junta del Club admite o rechaza el ingreso de nuevos miembros.

—¿Qué necesidad hay de esperar hasta entonces? Yo quiero ingresar en el Club de los Kappa Bettas ahora mismo...

Pero llegaban Canuto y Denis con grandes bandejas de plata. Denis acercándose a Patricia quiso servirle algo, pero ella rechazó.

No, muchas gracias... Comeré un poco de caviar.

—Una vez nos dieron caviar, pero nadie se atrevió a probarlo creyendo que era mojama — dijo un estudiante.

Patricia, a falta de algo mejor probó lo que le traían, platos típicos del país, que nada le gustaron. Y de prisa se fijó en quien era el camarero que le servía.

—¡Usted! — dijo con la mayor sorpresa—. ¡En América no sabe una nunca con quien viaja!...

Le tomó por verdadero mozo del colegio, y Denis, viendo su espanto, reía...

Luego, el joven fue a ocupar su sitio en la mesa y Patricia dióse cuenta del error en que había incurrido. Esquiveta se lo explicó en voz baja... Cada día servía un estudiante distinto. Y la aristocrática joven, llena de malestar, abandonó antes que nadie el comedor para ir a su cuarto y llorar el ambiente de burla hostil que la rodeaba.

El colegio de Catton formaba a sus colegialas con la idea moderna de la "mente en las libras y el cuerpo en el campo de deporte", verdadera clave de salud y belleza.

A la mañana siguiente en el campo de deportes las muchachas se entrenaban para los próximos torneos con el equipo de otro colegio, el Stoddard.

Carlos Paddock y Denis dirigían los ejercicios y se desesperaban viendo la lentitud de las jóvenes.

—Estas muchachas están petrificadas — dijo Denis—. Si no conseguimos personal nuevo, Stoddard va a darnos una paliza ferocísima en el próximo encuentro.

Patricia presenciaba los ejercicios acompañada de un grupo de estudiantes, que eran capaces de morir de su propia sombra.

Entre ellos estaba Gerardo Stearns que se imaginaba que no habría quien le llegase a la suela de los zapatos en nada.

El estudiante Gerardo parecía muy entusiasmado

con la belleza de Patricia. Y ésta, a falta de otras personas mejores con quien relacionarse toleraba su amistad. A las muchachas las desdeñaba con una altivez de reina.

Denis saludó desde lejos a Patricia y ella le res-



Patricia presenciaba los ejercicios...

pondió con cierta seriedad. Se sentía igualmente atraída hacia este joven pero al propio tiempo rehusaba su presencia, desde que en él venía habida parecido hablarse de su educación europea.

Denis se acercó a Patricia y la saludó... Ella acabó por reír junto al supuesto criado.

Dieron principio los ejercicios de velocidad entre las muchachas. Paddock las decía, enfurecido:

—Señoritas, si no quieren que el equipo de Stoddard les dé una paliza, tienen que trabajar de firme.

Gerardo contemplaba huir a Denis que ahora hablaba con Patricia.

El portero Canuto había acudido a presenciar el entresamiento, y llevaba como siempre su indispensable ratoncillo.

Mimón, el lindo animal, comenzó a trepar por las finas piernas de Patricia, quien sintió un agradable cosquilleo.

Creyendo que Denis quería divertirse con ella, le gritó, malhumorada:

—No me toque con el bastón...

—¿Yo?

Y Patricia se dio cuenta de lo que en realidad pasaba por el tejido de sus medias de seda. ¡El maldito ratón! Dio un grito y horrorizada comenzó a correr por la pista con tanta rapidez que pronto alcanzó a las muchachas que se entrenaban y las avanzó aún largo trecho corriendo más allá de la meta.

Seguía gritando nerviosa, horrorizada, hasta que Canuto corrió a coger el ratoncito.

—¡Oh, Mimón! — dijo el portero sonriente — ¡has asustado a la señorita!

Y se marchó con él, anaricándosele...

Denis había comentado con Paddock la rápida carrera de la joven.

—Con lo que esa niña corre, Coston dejaría a Stoddard una milla atrás...

Patricia no estaba todavía tranquilizada. Denis fue a su encuentro:

—¡Corre usted como un relámpago! ¿Por qué no ingresa en seguida en el equipo de corredoras?

—¿Ingresar yo en ese equipo de ordinarias? — respondió, altiva. — ¿Por quién me ha tomado usted, joven?

Y se alejó despectivamente para ir al encuentro

de Gerardo y de varios alegres estudiantes que la sonreían cariñosos...



Llegó por fin la noche memorable de la admisión en el Club Kappa Beta. Algunas chicas, entre las que estaba Patricia, esperaban ser recibidas en el seno de aquella sociedad distinguida.

La Junta, después de larga deliberación, admitió a casi todas... y fue comunicándolo así a las colegialas.

Luego pasaron las nuevas asociadas a un salón contiguo... y únicamente Patricia quedó sola, sin que nadie le hubiese dirigido la palabra.

Extrañada por aquella actitud corrió a decir a la presidenta, una chica baronesa que le tenía ojeriza:

—Me parece que han sufrido un olvido — dijo —. Yo deseaba ingresar en el Club... y no me han dicho nada.

Señorita — respondió —, lo siento mucho, mas el Club escoge a sus propios miembros...

—Dice usted esto porque no sabe quién es mi familia... — respondió, humillada.

—Pero con el poco tiempo que hace que la conocemos a usted nos hacemos cargo de quién será ella...

Exaltada, Patricia salió de allí... Hasta entonces había sentido indiferencia hacia sus compañeras sin dignarse hablar con ellas, pero en lo sucesivo esa separación momentánea... ¡Las orgullosas... ridículas!

Denis, que estaba ante la puerta la vio partir... y le dió lástima esta altiva colegiala... Pero había que domarla, había que hacerla conocer que no hay superioridades de casta.

Patricia se encerró en su habitación. Por primera vez conoció las amarguras del aislamiento. Nadie la quería allí. Enriqueta, que había entrado, intentó consolarla:

—Usted misma tiene la culpa... Si no se hubiese colado tan por encima de nosotras, ellas la habrían alcanzado...

—Tal vez tenga razón... — respondió ella llorando.

Pasaron algunos meses. A medida que el curso en el colegio avanzaba, la educación de Patricia tomaba diferente "curso".

Los estudiantes estaban reunidos en un salón junto a la ventana... Patricia con Gerardo pasaba una velada agradable...

Algunos muchachos, aprovechando la ausencia de la directora, comenzaron a beber botellas de licor que habían adquirido de contrabando. Gerardo bebía también un buen vinillo y lo brindó a Patricia.

—Bebe... te sentirá bien... ¡Es admirable! — dijo, poniendo en sus manos una botella.

—No... no quiero esas cosas...

En aquel instante llegaba la directora del colegio. Patricia, con la botellita en la mano, viose comprometida y sacando el brazo por la ventana tiró el dulce líquido al jardín... Pero quiso la casualidad que el vino fuera a caer a un jarrón con limonada que Canuto había preparado, allí mismo, sobre una cuneta adosada al muro.

El portero había ido a buscar unas flores, esperando el momento de entrar el refresco.

La directora dijo:

—Le he dicho a Canuto que les traiga una limonada...

Poco después llegaba el portero con una bandeja

conteniendo un jarro y varios vasos de cristal apaco. Ignoraba que en aquel había vertido Patricia, impensadamente, el dulce licor.

Aunque el portero brindó a todos la "limonada", ninguno quiso beber de ella. Patricia la aceptó de buen grado:

—¡Esto es lo que todos ustedes deberían beber siempre!... ¡Cuántos hogares no ha destruido el licor! — dijo.

Y agarró un vaso y pareciéndole de perlas aquella extraña limonada que sabía también a algo exquisito, bebió por dos o tres veces...

Los estudiantes reían... ¡Aristocrática necia! ¡Se conformaba con poco!

—¿Quieren beber? — le dijo Patricia—. Está riquísima...

—No... no... se la regalamos toda...

Canuto se atrevió a beber un vaso y encontrando el líquido incomprensiblemente maravilloso, bebió tres o cuatro copas.

Los resultados de la "limonada" no se hicieron esperar... y pronto Patricia y Canuto realizaban inferencias ante el asombro de todos. ¡Cómo aquella muchacha distinguida hacía tales cosas!

—Ya sabemos, nosotras que tanta altivez y aristocracia no eran más que "pose" — murmuró una colegiala.

Patricia y Canuto reían grotescamente. La muchacha había coronado de flores la cabeza del portero y luego en un raptó de entusiasmo le había arrancado los botones del chaleco...

Los alegres catadores de la "limonada" se levantaron, y Canuto, divertido como nunca, le dijo a Patricia:

—Usted salte y yo la cogeré...

—Póngase junto a la puerta... A la una... a las dos...

Ante el asombro general, Patricia se dispuso a dar un gran salto desde un ángulo de la habitación hasta la puerta donde la esperaba, tambaleándose, Camuto.

Todos los estudiantes la miraban con asombro... ¡Y aquella mujer era la que pregona su sangre azul!

Patricia, que vela las cosas triplicadas por la embriaguez, saltó velozmente, pero en vez de caer en brazos de Camuto... hubiera dado con su cuerpecito en tierra, midiendo mal la distancia, si en aquel momento no entrara Adams Denis que la sostuvo en brazos...

—Patricia... ¿qué es eso?

—Hola... señor... ¿cómo va?

Empezó a reír quitándole la corbata y pretendiendo abrirle las botones del chaleco...

Los estudiantes reían... y pronto Denis conoció la verdad... ¡Su amiga, aquella hermosa criatura, estaba borracha! ¿Cómo había podido ser aquello?

Gerardo y otro estudiante amigo, encontrándose sedientos fueron a beber los últimos residuos de la "limonada", y se dieron cuenta de que era licor del más legítimo... Ahora entendían la actitud de Patricia... ¡Aquel Camuto se las traía! ¡Ah, contrabandista!

Un pensamiento malvado agitó a Gerardo. Acercóse a Patricia que reía en brazos de Denis y le dijo:

—Vamos a dar un paseo por el lago... El aire fresco le hará a usted bien...

—¡Sí, sí... vamos a navegar... a navegar! — respondió ella alborozada...

Y desprendiéndose de Denis que en vano pretendía retenerla se alejó de allí con Gerardo.

Fueron los dos jóvenes al lago, subiendo a una canoa que pronto les alejó de la orilla. El aire de la noche pareció devolver la serenidad a Patricia.

Gerardo cerró la llave de la canoa. Esta quedó detenida, en medio del lago.



—Se nos ha acabado la gasolina... Tendremos que pasar la noche aquí...

—Se nos ha acabado la gasolina — dijo él riendo—. Tendremos que pasar la noche aquí...

Y miró a Patricia con ojos en los que flameaba la pasión, y añadió:

—Da lo mismo, ¿verdad? Usted es tan buena, tan adorable. Y que las horas pasan volando en su compañía.

—Debemos marchar en seguida... — dijo ella.

—No hay remedio. De aquí no puede usted ir nadando a su casa...

—¿Que no?

Y decidida, Patricia se tiró al agua nadando hacia la orilla. Por eso por la deshecha combinación, Gerardo volvió a abrir el contador y la embarcación recuprió su marcha al encuentro de la joven.

Esta, nadando aún, preguntó sonriente:

—¿No decía que se le había acabado la gasolina?

—Me había olvidado del depósito de reserva — dijo disculpándose.

—Pues resérvela usted para otra más tonta que yo, lancero antipático.

Y se negó a subir de nuevo. Pero al llegar a la orilla, Gerardo, que la había segado en la embarcación, se le acercó.

—¡No quiero nada con usted! ¡Hemos terminado! — gritó Patricia.

—¿A mí con esas pretensiones? — dijo él, riendo—. La conozco a usted mejor de lo que se figura...

Quiso besarla, pero Denis, que rondaba por allí, pensando en Patricia, corrió a auxiliar a ésta, echando a Gerardo de un puñetazo al agua.

Enfurecida por la intervención de Denis, ella le dijo:

—¿Quién le ha dado a usted permiso para intervenir en lo que no le importa?

—Usted perdona, señorita... No sabía ya que fue-se su marido... — se apresuró a decir.

Y ayudó a Gerardo a salir del agua.

—No es cierto que sea mi novio — respondió Patricia.

—¿No lo es? Pues... al lago...

Y de nuevo Gerardo recibió las delicias del remojón...

—Voy a acompañarla a usted a su casa... — dijo Denis.

Avanzaron hacia el colegio. Denis se despojó del abrigo y del sombrero para prestárselo a ella que temblaba bajo sus mojadas ropas.



—No es cierto que sea mi novio...

El muchacho contemplaba seriamente a esa joven a quien había visto bajo los tristes efectos de la embriaguez.

—Es usted muy galante — dijo ella obligándose.

—Nada de galante... La que ya no quiero es que el personal de la cocina sea a usted conmigo...

La muchacha palideció... Y serena ya, se acordó de las tonterías realizadas poco antes en el salón.

—Denis, confieso que me he portado como una ma-

jadera... No sé por qué me parece que lo hago todo al revés.

—No es que lo haga todo al revés... Lo que sucede es que no ha sabido comprender el verdadero espíritu del colegio.

—Es posible — le dijo mirando a su compañero a quien se sentía ligada por extraña simpatía —, mas debe usted tener en cuenta que yo soy diferente de las demás muchachas.

—Ya sé que es usted diferente — respondió él con gravedad — y que todo lo hace por "snobismo"... Si no fuese tan egoísta podría hacer algo por el Colegio... Podría usted correr... Usted ha demostrado que sabe y puede correr cuando quiere. Vamos a celebrar una carrera con el colegio de Stoddard... Si usted formase parte de nuestro equipo... ganaríamos...

Un rayo de luz pareció iluminar a Patricia... Aquella noche, sin saber por qué extraña influencia, se sentía cambiada. ¡Sí... sí... tal vez tenía razón Denis! Había que realizar algo... había que hacer olvidar la estúpida y misteriosa embriaguez de aquella noche!

—¡Acepto — dijo —; verá usted de lo que soy capaz!

Se despidió de él sonriente como nunca.

Y al día siguiente, después de entrenarse de cinco a nueve de la mañana, Patricia se presentaba al señor Paddock, diciéndole:

—Señor Paddock, quiere usted ayudarme a entrenar? Quiero hacer algo por el Colegio...

El atudico, que conecía la conversación tenida entre Patricia y Denis, sonrió:

—Sí... sí... ¿pero está usted segura que es para el Colegio que desea algo y no para Denis?

Ella inclinó la cabeza... e hizo un gesto de duda... ¿Quién sabe!

Y comenzaron los entrenamientos... Durante una semana, Patricia conoció todas las contrariedades de un violento ejercicio. Pero la gimnasia iba dando a su cuerpo la elasticidad y flexibilidad necesarias



Y comenzaron los entrenamientos...

para correr en la pista... Nunca se sentía cansada... A pesar de la jornada intensa, Patricia estaba encantada de servir para algo.

Se confesaba intimamente que Denis no era ajeno a su cambio. Cada vez le parecía más atractivo este joven. Y para que él estuviese contento, ella realizaba aquellos trabajos extraordinarios y además se esforzaba en aparecer amable con todas sus compañeras...

Estas, viendo el cambio que se iba operando en

Patricia dejaron de tratarla con hostilidad, considerándola como una compañera más.

Empezaron los entrenamientos en las pista. Patricia corría como un rano bajo la dirección de Paddock y de Denis, que no ocultaban su satisfacción.

—Esta chica puede conducirnos a la victoria — le decía a Denis.

Y Denis, junto a Patricia, se sentía feliz de aquel cambio operado. Un día le dijo:

—Desde que la conocí tuve el presentimiento de que no era usted lo que aparentaba... Hoy es usted la muchacha más encantadora del colegio. Patricia... ha ganado usted la consideración de todos.

Le acercó los labios dejando escapar el secreto del amor que había flotado alrededor de los dos desde la primera entrevista en el tren. Ella, riendo, comprendiendo que era el cariño lo que la cambiaba de aquel modo, besó también.

Paddock interrumpió al idilio:

—Bueno, dejen de hacerse el amor, que tenemos cosas más importantes ahora.

Y prosiguieron los ejercicios sobre la pista, y la activa y aristocrática muchacha de antes se convertía en la más firme defensora de los colores del Colegio.



Llegó la víspera del fenomenal encuentro entre los dos colegios rivales.

Las muchachas en el salón de gimnasia se entretenían de firme. Patricia era el alma, la vida del equipo. Un periodista que había ido a enterarse de quienes formaban el equipo, preguntó:

—¿Es usted descendiente de una aristocrática familia europea?

—No, la señorita a que usted se refiere ya no está aquí — contestó Patricia, considerando que había muerto la muchacha de antes, la del orgullo de "Europa".



— dejen de hacerse el amor que tenemos cosas más importantes ahora.

Paddock discurría a las jóvenes:

—El encuentro de mañana es el más importante que se ha celebrado entre equipos atléticos de señoras y es preciso que Colton salga victorioso... ¡Tenemos que ganar!

Todas contestaron con gritos de entusiasmo. Patricia no ocultaba su confianza en el triunfo. Para presenciárselo habían anunciado la llegada sus padres.

Adams Denis acudía aquella noche al gimnasio para disponer las últimas órdenes. Vió ante la puerta a Gerardo y a dos compañeros suyos que junto a un auto le miraban ativamente.

Denis dijo a Gerardo:

—Haga el favor de marcharse de aquí esta noche y deje tranquilas a las muchachas...

Gerardo, que odiaba terriblemente a Denis considerándolo su rival, contestó con un golpe formidable a la cabeza que dejó sin sentido al noble mozo.

—Ahora me las pagarás todas juntas — gritó —. Vamos a esconderlo...

Se lo llevaron protegidos por la suave obscuridad nocturna.

Patricia, que había salido de la gimnasia, vió a unos hombres que llevaban extendido a Denis y presa de honda emoción siguió sus pasos.

Gerardo y sus amigos encerraron a Denis en la torre del observatorio del colegio, a bastante distancia del edificio principal de Colton.

—Lo guardaremos aquí. Que permanezca encerrado un par de días; le irá bien el castigo...

Y huyeron con la satisfacción de la venganza. Poco después Patricia acudía en su socorro. Logró abrir la puerta y arrastró a Denis hacia el exterior. ¡Ah, aquellos miserables! Y el muchacho no volvía en sí...

Patricia entró de nuevo en el observatorio buscando un frasquito de alcohol, algo para hacerle recobrar el sentido.

Pero la fatalidad parecía perseguirla. Había dejado al muchacho apoyado contra la pared; y de pronto el cuerpo de Denis se inclinó a un lado chocando contra la puerta y cerrándola con el golpe.

Automáticamente se había corrido el cerrojo y Patricia quedaría sin poder salir.

El golpe que recibiera Denis le hizo rodar hacia un terraplén cercano, yendo a caer al borde del camino junto a unos automovilistas que pasaron y le prestaron auxilio.

—Parece ser un estudiante atropellado — dijeron contemplando al inanimado muchacho—. Lo llevaremos al colegio...

Y así lo hicieron y unas horas más tarde Denis recobraba el sentido. Pero ignorante en absoluto de que Patricia hubiera intentado socorrerle y se hallara involuntariamente encerrada en el observatorio, fué a descansar con tranquilidad.

Patricia pasó una noche trágica en la torre, sin esperanzas de salir de ella. ¿Cómo pedir auxilio y dar señales de vida? Lo peor era que al siguiente día su presencia era indispensable en el estadio...

La persecución la mala estrella... ¿Por qué tenía que cerrarse la puerta?

Al día siguiente mientras se acercaba la hora del encuentro atlético y deportivo, las esperanzas de Colton iban disminuyendo.

La noticia de la desaparición de Patricia había causado una impresión enorme. ¿Dónde podía estar la entusiasta defensora del colegio?

Paddock llamó a un jefe de policía y le dijo:

—La señorita Mansfield ha desaparecido y Colton no puede ganar sin ella... Si no la encuentra estamos perdidos...

—Yo la hallaré aunque tenga que masar un batallón de policías en su busca.

Denis, ya casi restablecido del golpe, se acercó a preguntar a Paddock:

—¿Ha vuelto ya Patricia?

—No se preocupe por Patricia, que ella volverá...

Menos mal que está usted aquí después de lo que le sucedió anoche.

Denunciado por Denis lo ocurrido, se procedió por la dirección a la expulsión de Gerardo y de sus dos compañeros que le habían ayudado en la agresión.

Pero como ellos tampoco habían visto a Patricia, abandonaron el colegio sin sospechar que su auto había tenido una prolongación de graves consecuencias.

Y Patricia no aparecía. ¿Dónde podría estar?

En el estadio se apretujaba la multitud ávida de presenciar la lucha entre los dos partidos. Los padres de Patricia se habían acomodado pensativamente entre el inmenso gentío... La esposa no se sentía bien en aquel ambiente deprimente. ¡Ella, su hija, tomando parte en una exhibición así!

¿Cómo decía a Paddock:

—Como me llamo Canuto, apostaría lo que no tengo que la señorita Patricia ha vuelto a tomar mucho nada...

Y como impulsado por un extraño presentimiento subió a un pequeño "Ford" de su propiedad para realizar investigaciones por los alrededores.

Patricia en el observatorio se había subido con grandes dificultades al telescopio y abriendo una pequeña abertura de la cúpula giratoria contemplaba con ayuda de unos prismáticos el lejano estadio lleno de gentío.

¿Cómo ir a él y tomar parte en la carrera? La invadía una honda desesperación. ¿Qué dirían todos de su ausencia? La palabra traición se asociaría a muchos labios? ¿Y Denis?...

Con los gemelos contempló el rostro triste de Denis que paseaba por el centro del estadio. El muchacho

se sentía verdaderamente acongojado. ¿A qué podría obedecer la desaparición?

Patricia por medio de un espejo heliógrafo comenzó a proyectar su luz sobre Denis. Este quiso librarse de aquel intenso rayo solar, sin comprender de lo que se trataba.

—En el observatorio hay alguien que quiere fastidiarnos — dijo.

Pero no quiso investigar su origen. Otras cosas le preocupaban...

Iba a comenzar el desfile. Paddock estaba desesperado... ¿Dónde estaría la muchacha? Cien policías la buscaban por todas partes sin encontrar a aquella linda mujer.

Los padres de Patricia se extrañaron de no ver a la joven.

—Es muy posible que prefiera reservar la ligereza de sus piernas para la gran carrera — dijo el marido.

—No seas vulgar — respondió la esposa.

A pesar de que Paddock rogó al Jurado que retrasasen unos minutos el partido para ver si llegaba Patricia, el tribunal se negó, ordenando diese principio la carrera.

Comenzaron los saltos de longitud... Stoddard obtuvo la victoria, y con ella los primeros puntos. Se requerían cuarenta y ocho puntos para el triunfo final.

El lanzamiento de discos, entre las ovaciones de la multitud, lo ganó Colton... Pero el salto de altura lo ganaba a continuación el equipo contrario. Siguió luego el lanzamiento de la jabalina y Colton triunfó... Había, pues, un empate que la carrera final resolvería... Pero el equipo atlético de Stoddard tenía las mejores corredoras y únicamente si Patricia se unía al del Colton, éste podía aspirar a vencer.

Mientras tanto, cuando ya Patricia viendo que sus señales luminosas no producían efecto, perdía las esperanzas de poder abandonar el observatorio, vio a Canuto que estaba en su auto por las cercanías.

Le llamó.

—¡Canuto... ábrame usted la puerta!...

—Voy allá en seguida — respondió el portero.

Y poco después la muchacha se veía libre... Sin contestar a las preguntas que le hacía Canuto sobre su ausencia, le interrumpió y le dijo:

—¿Podré llegar a tiempo?

—No llegará para saltar, pero puede llegar a tiempo para correr.

Y subieron al "Ford" emprendieron una velocidad pasmosa hacia el estadio.

Pero antes de llegar a la pista el auto chocó con otro en que iba una sección de agentes.

La obligaron a bajar del coche.

—El jefe nos mandó que la detuviésemos donde la encontráramos y que la llevásemos a su presencia — gritó un sargento.

Pero ella, que ignoraba que querían detenerla precisamente para que tomase parte en la carrera, logró esquivar la vigilancia y huir por los caminos, seguida por los guardias y por Canuto que deseaba la libertad de la joven.

Daba ya principio la gran carrera cuando Patricia, habiendo podido librarse de la persecución de los guardias, llegó al estadio... Una inmensa muchalla de gentío le impedía pasar a la pista. ¿Qué hacer?

No vaciló un instante. Con ayuda de una pértiga dio un fenomenal salto sobre la multitud y encontróse en plena pista y se dirigió rápidamente junto a su equipo.

Deris y Paddock dieron un grito de júbilo... En el estadio estalló también una ovación...

—¡Patricia! ¡Patricia!

Los padres de la joven sentíanse poseídos de intensa alegría...

La carrera prosiguió magnífica, brillante... Pronto Patricia pudo ponerse al nivel de sus dos compañeras. Corría como no había corrido nunca, provocando delirantes ovaciones.

Después de algunas vueltas las otras compañeras del equipo de Colton se retiraron vencidas y también otras concursantes del equipo de Stoddard. La lucha quedó finalmente reducida a una violenta competición entre Patricia y la mejor rival del equipo contrario.

Dejaba la adelantaba con sus gritos... ¡Adelante, Patricia, adelante!

—¡Vaya unos pies que tiene mi hijita! — decía emocionada la señora Mansfield.

Por fin Patricia logró avanzar definitivamente y atravesó vencedora la meta. Una inmensa ovación coronó su glorioso triunfo...

Pero aún ella seguía corriendo, sin parar, impulsada por el entusiasmo...

Colton había ganado la carrera. Esta noticia se esparció por todo el estadio como un canto de júbilo.

La famosa señora Mansfield sin poder ocultar la dicha que le embargaba, contagiada del entusiasmo general, comenzó a bailar con un estudiante que tenía a su lado.

Su marido la advirtió sonriente:

—Mujer, ¿has perdido tu aristocrática dignidad?

—Hombre — respondió ella, sorprendida — ¿qué

has hecho de la sangre roja que corría por tus venas?

El calló... Su esposa acababa de ser conquistada por la belleza del deporte.

Y entrecanto en el impulso de la carrera, Patricia está de cabeza a un lago cercano al estadio.

Denis corrió hacia la joven. Le sonreía alegremente, mientras ella nadaba en dirección a la orilla.

—Me alegro haber podido demostrar que no soy la que en Colton todos se imaginaban... — dijo ella riendo, a Denis.

Una gran multitud comenzó a rodear el lago en cuyas páfidas aguas se bañaba la triunfadora.

Llegaron los policías... Su presencia era ya innecesaria... Acababa de ganar. La Presidenta de los Kappa Betas, que se había acercado también, le gritaba:

—Va usted a ser admitida en el Club...

Todo sonreía, pues, a la dulce criatura... Y cerca de ella. Adana la dijo sonriente:

—Yo la quiero, Patricia... Salga usted del agua...

—Pues si me quiere venga a buscarme — le respondió ella riendo.

Y Denis se tiró al lago y en sus aguas dió a la chica un beso que sabía a sal...

Canuto se acercó al agua... ¡Bien por la vencedora! Y acarició a su inseparable patoncito, mientras sonreía a la bella colegiala...

F I N

Próximo número:

AFORTUNADO EN AMORES

por Adolphe Menjou, Alice Joyce, etc.

LA NOVELA PARAMOUNT SALE LOS MARTES

